

VIDA NUEVA

Año III Núm. 126

ZARAGOZA

10 de diciembre 1932

Ejemplar,
10 céntimos

Organo de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista Obrero

La piedra de toque

Si la burguesía, para echar abajo el régimen feudal y alcanzar el Poder, tuvo que valerse de la clase desheredada, del cuarto estado, a quien prometió, a cambio de su auxilio, libertades y derechos que jamás han sido una realidad, esa misma clase, para prolongar su existencia, para retardar el triunfo del proletariado, no sólo se vale de la fuerza material de que dispone y de los sofismas que vierten sus asalaridos de la Prensa, la tribuna, la cátedra, el púlpito y el libro, sino que llega a más: llega a presentar a algunos de sus hombres cual campeones de la emancipación de los trabajadores.

Como semejante engaño, de no prevenirle a tiempo, pudiera en el porvenir ocasionar a la fuerza socialista, si no graves perjuicios, al menos entorpecimientos y dificultades en su progresiva marcha, conviene que, desde ahora, vivamos advertidos, para inutilizar oportunamente a los falsificadores de ideas.

Del mismo modo que hoy se llaman a sí propios revolucionarios individuos y colectividades que no lo son, que solamente aspiran a introducir ligeras modificaciones en la pésima sociedad actual, dejando subsistir su fondo, sus raíces, así mañana, quizá dentro de poco, viendo que el Socialismo lo invade todo y amenaza con su terrible fuerza echar a tierra el régimen capitalista, esos mismos individuos y colectividades se llamarán socialistas y dirán también que aspiran a redimir a la clase trabajadora de la esclavitud que sufre y la miseria que padece.

El medio de impedir que logren su objeto estos socialistas de ocasión; la manera segura de evitar que siembren la cizaña en las fuerzas obreras organizadas, fraccionándolas y quitándoles vigor, será pedirles que expongan concretamente, con claridad, cuál es el Socialismo que defienden y cuál es el procedimiento que proclaman, para que el proletariado le implante.

Y siempre que el uno y el otro no se ajusten a lo que el Socialismo revolucionario mantiene, si sus ideas se apartan de lo que está consignado en el Programa que los Partidos Obreros sustentan, nuestros correligionarios, los que como nosotros pensamos, deben volverles la espalda, o mejor aún, combatirlos.

No puede ser socialista para nosotros el que sostiene que la existencia de las clases es necesaria.

No puede serlo tampoco el que considera como base de la sociedad la propiedad individual.

Tampoco podemos considerar como socialista al que reconozca que el salario debe subsistir siempre y niegue la posibilidad de la igualdad económica.

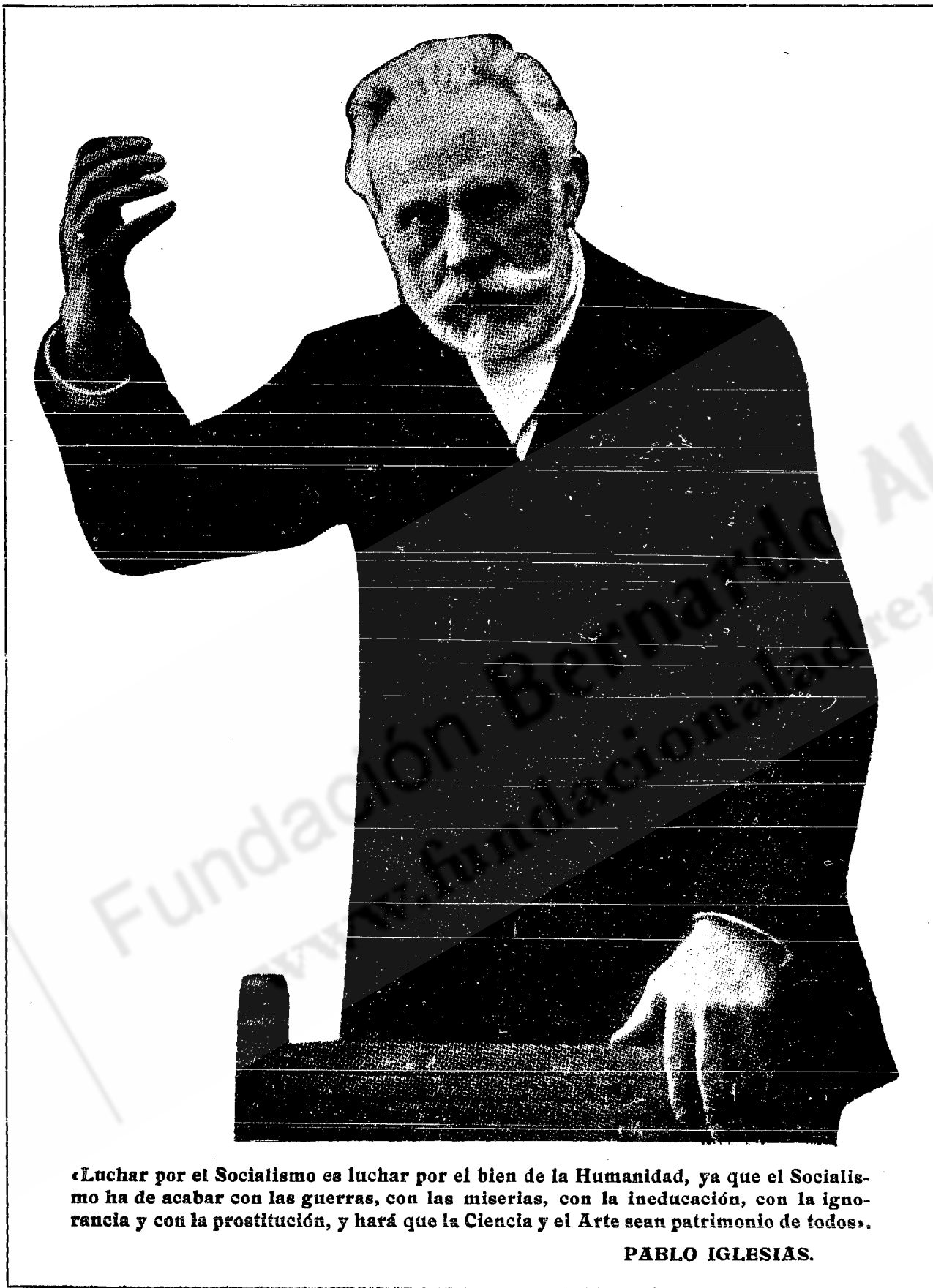
Menos debemos considerar por tal al que sostenga que la clase obrera podrá mejorar su estado, pero jamás ser la directora y dueña de sus propios destinos.

Y menos todavía a los que, directa o indirectamente, combatan el principio de que la clase desheredada debe organizarse como clase y realizar por sí misma la redención de los suyos.

Todos los que así piensen; todos los que así hablen, podrán llamarse socialistas revolucionarios ir más allá que nosotros; pero por nuestra parte, deben ser considerados tan burgueses y tan enemigos de la emancipación obrera como los que no se llaman socialistas. Más aún: debemos mirarlos con mayor antipatía y encono que a aquéllos, por la forma hipócrita y solapada que emplean para desmembrar los elementos verdaderamente revolucionarios.

En una palabra: los afiliados al Partido Socialista Obrero sólo pueden admitir como defensores de la emancipación económica de los trabajadores a los que, como ellos, proclamen la lucha de clases, dándole por objetivos

“La supresión de la clase burguesa;”
“La transformación de los medios de producción (que hoy son propiedad



«Luchar por el Socialismo es luchar por el bien de la Humanidad, ya que el Socialismo ha de acabar con las guerras, con las miserias, con la ineducación, con la ignorancia y con la prostitución, y hará que la Ciencia y el Arte sean patrimonio de todos.»

PABLO IGLESIAS.

particular o privada) en propiedad social o común;

“Y, como consecuencia de este hecho, la abolición del salario”.

Y sólo considerarán como correligionarios suyos, como partidarios en todo y por todo de sus ideas, a los que, aceptando los tres puntos que dejamos subrayados, estimen además necesario para realizarlos “la posesión del Poder político por la clase trabajadora”.

Teniendo bien en cuenta las indicaciones que dejamos sentadas, nuestro Partido, así como todos sus individuos, podrán verse libres de las ataduras a que en los casos extremos acude la burguesía, distinguir en todas ocasiones a los verdaderos revolucionarios de los que no lo son, y conocer perfectamente a los que de derecho o hecho figuran en las filas a que ellos pertenecen.

PABLO IGLESIAS.

1 abril 1887.

¡Siete años ya!

¡Siete años que murió el Maestro, y cada vez menos acostumbrados a su ausencia.

Cada vez que surge un problema, la misma interrogante: ¿Qué pensaría Pablo Iglesias?

Y para saber la respuesta, sin embargo, no hace falta expresarse mucho el cerebro; no hace falta más que sentirse y pensar en socialista.

Porque un hombre tan diáfano, tan puro, tan íntegro como fué Iglesias, no tiene rincón oscuro donde pueda agarrarse el más pequeño equívoco; todo en él fué luz, luz socialista que iluminó las inteligencias de millares de trabajadores, que anhelaban conocer la verdad de su redención.

Cuando tantos valores se discuten y muchos se hunden al contrastar sus méritos, la figura del apóstol del humanismo se agiganta a cada día que pasa.

Y ese es el gran triunfo de aquel hombre símbolo, que en una época en que al apoteosis de la mañana sucede el olvido absoluto de la tarde, él vive cada día más intensamente en el pen-

samiento de todos sus conciudadanos, ante todo en el de legiones de desheredados de la fortuna, que no olvidan, que recuerdan con gratitud lo mucho que deben a quien con su honradez, su entereza, su abnegación, su clara inteligencia, su depurada sensibilidad supo honrar y hacer respetar la blusa del obrero.

La semilla que sembró da espléndida cosecha; gratitud al precursor de una España libre y feliz aureolada por el trabajo y el amor, pensamiento central del Socialismo, amor de los amores del inmortal Maestro.

ERNESTO MARCEN.

«Queremos, en conclusión, como fin de nuestro ideal, la completa emancipación de la clase trabajadora; desaparecerán las luchas intestinas que corroen las entrañas de la sociedad, pues no teniendo el individuo intereses opuestos a los intereses generales, todos perseguirán un mismo fin: el bienestar de la Humanidad.»

PABLO IGLESIAS.

Recuerdo de Pablo Iglesias

Exactamente yo no sé, ni creo que lo sepa nadie, cuál sea la generación gomosa del 98. Conozco eso sí, el grupo intelectual que personaliza esa supuesta generación: Unamuno, Costa, Ganivet, Baroja, Azorín... ¿Como se definió la generación del 98? Nosotros la hemos visto, a través de nuestras lecturas, con un prestigio que hoy, a la luz de una crítica severa, empieza a cuartearse. “Un grito en el desierto”, dijeron unos. “Una voz flagelante en medio de un ambiente mediocre y corrompido”, añaden otros. Todo eso, y aún más si se quiere, fué la generación del 98. Pero ¿ha llenado ese grupo el papel que pareció designarse o que le designaron los demás? Un hombre de hoy puede contestar esa pregunta con seguridades de acierto en el dictamen. Y no hay irreverencia en contestar que no. Pasados los años, nacidos los españoles a una vida nueva, bien podemos formularnos, siquiera sea por afán de claridad, interrogaciones como éstas: ¿Qué aportaciones tenemos que agradecer a la generación del 98? ¿Qué influencia positiva ejerció en la política y en la conciencia nacional? Excluyo, de propósito, una influencia literaria que no discuto, por evidente, ni me interesa examinar ahora. Lo que me importa valorar es la influencia política que aquel grupo de selección haya podido tener en la gestación del presente momento español.

Generalmente, los españoles jóvenes hemos acatado de buen grado el patrónazgo espiritual de la generación del 98. Pero ¿a qué rendíamos nosotros acatamiento? ¿A un programa político, a un cuerpo de doctrina, a unos postulados concretos? Nada de eso representa la generación del 98. Ni siquiera es posible encontrar afinidades bien determinadas entre los hombres que la caracterizan, dispares en edad y en formación cultural, lo son también por temperamento y por ideas. Ganivet era escéptico y pesimista; Baroja, Azorín y Maeztu cultivaban entonces un anarquismo literario y un poco excéntrico terriblemente burgués en el fondo; Unamuno ensayaba su patetismo individualista y su paradjismo disolvente; Costa, desesperado, se sacudía el pecho lanzando imprecaciones... ¿Qué había de común entre todos ellos? Sólo una cosa: su afán demoledor contra un pasado y un presente nacional que les había quebrado el alma. Sentían ellos en carne viva la herida sangrante del período de la Restauración. Les arrancaba gritos el desastre colonial. En la vergonzosa liquidación que suponen los cinco lustros últimos del siglo XIX, la generación del 98 es, sencillamente, una generación sensible y dolorida que se rebela contra una herencia histórica oprobiosa. Pero la generación del 98 no sabe construir. Tiene la misma impotencia creadora que tuvieron los hombres del 73. Costa, que pudo y quiso ser un magnífico forjador popular, tuvo una desgracia que esterilizó sus esfuerzos: la de no creer en la eficacia de las masas obreras.

¡Caso extraño y admirable, cuya explicación no cabe en la brevedad de un comentario trazado a vuelo pluma! El hombre que había de iniciar, encauzar y dirigir la revolución española que no supieron hacer los intelectuales ni los políticos, había de ser un hombre de extracción humilde, cuya niñez transcurre en el asilo y sin otras letras que aquellas que va asimilando en vigiliadas febriles y amargas. Se llama Pablo Iglesias. Carece, precisamente, de aquello que los otros poseen: sapiencia, prestigio social, medios de combate. El está solo, desnudo e inerme. Pero tiene, justamente, lo que a los otros les hace falta: energía para afrontar la adversidad; paciencia para soportar el insulto y la injusticia; voluntad indomable para la acción; y, sobre todo, una fe viva y ardorosa contra la cual se estrellan o rebotan las pedradas del enemigo. A medida que se le combate, va ganando batallas; si se le persigue

